

MICHAEL KENNA

Con el poder de un haiku

En la búsqueda de recuerdos, trazos o evidencia de la interacción humana con el paisaje y de simplificar el desorden de la vida diaria, el fotógrafo inglés ha conseguido capturar imágenes surreales en rincones naturales del planeta.



Árbol y 28 postes,
Hokkaido, Japón, 2013

JESÚS PACHECO

Michael Kenna nació y creció en lo que él mismo describe como una familia de clase obrera de Widnes, una ciudad industrial cercana a Liverpool. Cuando era pequeño, aunque tenía seis hermanos, era bastante solitario. Ocupaba sus días en la creación de sus propias aventuras, que luego actuaba en calles y parques.

Le gustaba vagar por estaciones de tren y fábricas, por campos de rugby, orillas de los canales, iglesias vacías y panteones, sitios todos ellos que luego encontraría interesantes para fotografiar.

“Aunque no usara una cámara en aquella época, sospecho que ese período fue todavía más influyente en mi visión que el tiempo que luego pasé en escuelas de arte y de fotografía”, confiesa en entrevista.

Durante esos primeros años, fue monaguillo y le encantaba ser parte de los rituales de la Iglesia católica, asistiendo al sacerdote en bautizos, funerales, bodas y misas en latín. Incluso, cuando tenía casi 11 años, estudió en un seminario, con miras a convertirse en sacerdote.

“Hubo ciertos aspectos de esa formación religiosa que me parece que influyeron fuertemente en mi trabajo: la disciplina, el silencio, la meditación y un sen-

tido de algo que puede no ser visto, pero estar presente.

“En retrospectiva, la educación fue excelente, pero la orientación vocacional no fue muy fuerte. Afortunadamente, resulté bueno dibujando y pintando, así que, siguiendo mis intereses, fui a estudiar en la Banbury School of Art de Oxfordshire. Ahí fue realmente donde descubrí la fotografía”.

Más tarde iría a especializarse en fotografía en el London College of Printing. En esencia, fue preparado como fotógrafo comercial, aunque cuenta haber aprendido fotoperiodismo, fotografía de moda, foto deportiva, naturaleza muerta, foto arquitectónica, “todo tipo de foto con múltiples cámaras”.

Al mismo tiempo, estuvo fotografian-do paisaje, actividad en la que encontraba su *hobby* y su pasión. En aquel momento no tenía idea de que podía vivir de ello, y de que así sería.

Tras graduarse, trabajó como impresor, y en menor medida, como fotógrafo. Se mudó a San Francisco, donde consiguió trabajo como impresor de Ruth Bernhard, una fotógrafa bastante reconocida. Poco a poco, su propia obra comenzó a ser representada por galerías. Con los años, sus impresiones comenzaron a venderse, las exposiciones comenzaron a suceder, las publicaciones llegaron...



Trato de simplificar el desorden de nuestra vida diaria, busco formas fuertes para atraer al espectador”.

“Fue un lento proceso, pero gradualmente fui pasando de la impresión y el trabajo comercial para establecerme en la ‘escena artística’. Y sigo fotografiando y disfrutándolo cada segundo”.

Cuando Kenna (1953) se refiere a seguir fotografiando está refiriéndose a viajar por el mundo en compañía de sus cámaras, a los rincones más insospechados —muchos de ellos inhóspitos—, para crear imágenes en blanco y negro de cualidades oníricas, una muestra de las cuales puede verse por estos días en la Galería Patricia Conde y del 5 al 9 de febrero en Zona Maco.

Cuando vemos tus imágenes, tenemos la sensación de estar frente a espacios muy tranquilos, rincones silenciosos del planeta. ¿Qué tan silenciosos son esos lugares? ¿O es más bien nuestra mente pasmada ante la belleza?

El caos puede estar sucediendo cuando estoy tomando fotos, pero intento presentar un oasis de calma y soledad al que yo pueda entrar y pueda transmitir luego al espectador de la impresión final. En los inicios de mis exploraciones fotográficas, prefería fotografiar en la mañana, muy temprano. Me gustaba la calma y el sosiego, y el hecho de que hubiera poca gente alrededor, que no hubiera un constante murmullo en el aire. La luz de la mañana es con frecuencia suave y difusa. Puede reducir un fondo desordenado a capas graduales de dos tonos dimensionales. Todavía me gustan las horas del amanecer más que cualquier otra hora del día, aunque hoy fotografío a todas horas.

En general, cuando estoy tomando fotos, busco una especie de resonancia, conexión, una chispa de reconoci-



Paisaje marino invernal, Hokkaido, Japón, 2004

miento. Trato de no tomar decisiones deliberadas sobre lo que estoy buscando. Me gusta lo que Garry Winogrand, un fotógrafo fascinante, una vez describió como “fotografiar para ver a qué se parece lo fotografiado”. No preparo nada elaborado antes de ir a la locación. Esencialmente, camino, exploro y fotografío. Nunca sé si estaré ahí minutos, horas o días. Para mí, aproximarse al objeto a fotografiar es un poco como conocer a una persona y comenzar una conversación. ¿Cómo saber antes de tiempo hacia dónde irá, sobre qué tema será, qué tan íntima será? Lo cierto es que la curiosidad y una disposición a ser paciente para permitirle al sujeto revelarse son elementos importantes en el proceso. Uno necesita acep-

tar por completo que las sorpresas a veces suceden.

Fotografiar de noche también puede ser particularmente fascinante, porque perdemos una parte del control de lo que sucede frente a la cámara. Conforme pasa el tiempo, el mundo cambia: los ríos fluyen, los aviones vuelan, las nubes pasan y la posición de la Tierra respecto a las estrellas es diferente. Esa acumulación de luz, tiempo y movimiento, imposible de percibir para el ojo humano, puede ser registrada por la película. Lo real entonces se transforma en surreal. Durante el día, cuando la mayoría de las fotografías son hechas, normalmente vemos las escenas con la posición de una sola y fija fuente de luz: el sol. Por la noche, la luz puede venir

de fuentes atípicas y múltiples. Puede haber sombras profundas que actúen como catalizadoras de nuestra imaginación. Con frecuencia hay un sentido del drama, una historia por ser dicha, secretos revelados, actores a punto de entrar al escenario... La noche es una parte integral del día con un vasto potencial para la creatividad.

¿Qué rasgo de un paisaje puede conquistar tu ojo, tu mente y tu alma? Esa es una pregunta difícil de responder puesto que mucho de lo que hago depende del hecho de que no sé por qué me atraen ciertos paisajes o temas. Sí, siempre puedo armar una respuesta, pero prefiero no analizar demasiado. Amo lo que hago. Me apasiona



Mariposa y peonía,
Koyasan, Japón, 2006

Yuanyang, Estudio 1,
Yunnan, China, 2013



y me siento tan asombrado que he sido capaz de permanecer en este fabuloso viaje por tanto tiempo. No es fácil para mí definir con exactitud lo que fotografío porque mis temas cambian según mi humor, el momento de mi vida en el que esté y lo que encuentre. Fábricas, árboles, costas, puentes, etcétera, siempre abordados de manera exhaustiva. Busco lo que me resulte interesante ahí afuera, en el mundo tridimensional, y lo traduzco e interpreto para que sea visualmente satisfactorio para la impresión fotográfica en dos dimensiones. Busco temas con patrones visuales, abstracciones interesantes y composiciones gráficas. La esencia de la imagen involucra con frecuencia la yuxtaposición básica de estructuras hechas por el hombre con los elementos más fluidos y orgánicos del paisaje. Disfruto de lugares que tienen misterio y atmósfera, quizás una pátina de envejecimiento, o una sugerencia más que una descripción, una pregunta o dos. Busco recuerdos, trazos, evidencia de la interacción humana con el paisaje. Algunas veces fotografío naturaleza pura, otras, estructuras urbanas. Trato de simplificar el desorden de nuestra vida diaria, busco formas fuertes para atraer al espectador.

Aunque sueles desnudar tus imágenes hasta sus elementos esenciales, las de tu serie sobre Hokkaido tienen realmente el poder de un haiku. Cuéntame un poco sobre esa serie. ¿Cómo descubres el lugar, qué sentiste cuando lo visitaste por primera vez...?

Mi primer viaje a Japón fue en 1987, cuando fotografié santuarios y templos de Kioto y Nara. Regresé varias veces en los años siguientes para exposiciones, firmas de libros y conferencias, sobre todo a Tokio y otras ciudades. Sin embargo, mi sueño era explorar el paisaje de todo Japón: Hokkaido, Honshu, Kyushu, Shikoku, Okinawa. Pasaron otros 14 años antes de que pudiera finalmente tener esa oportunidad.

Hay algo misterioso y maravillosamente seductor en tierras japonesas. Se manifiesta visualmente en las interacciones omnipresentes entre el agua y la tierra, y en los cielos y temporadas en constante cambio. Puede sentirse en la atractiva intimidad de la escala en su paisaje, y en el profundo sentido de la historia contenido en su tierra. Hay reverencia y honor hacia la tierra, simbolizados por los ubicuos arcos to-

rii. El santuario es con frecuencia una parte integrada del paisaje, un lugar para descansar y meditar, y quizás incluso para escapar por un rato de las complicaciones y el ruido de nuestras aceleradas vidas modernas. Físicamente, Japón tiene similitudes con mi tierra natal, Inglaterra: relativamente pequeña, reservada, habitada por siglos, rodeada de agua, con una historia en cada porción de tierra y parte de sus aguas aldañas. Japón es también un lugar volátil, algunas veces impredecible y potencialmente peligroso, con posibles tifones, temblores y tsunamis, como atestiguamos recientemente. Creo que vivir en Japón acentúa una conciencia de la fragilidad y la belleza de nuestro efímero mundo.

A Hokkaido lo encontré particularmente intrigante: gentilmente seductor, peligrosamente salvaje y completamente romántico. En lo visual, ha sido un auténtico paraíso para mí, un verdadero país de las maravillas invernales. Rodeado de agua y sitio de lagos exquisitos, montañas elegantes y numerosos árboles majestuosos, los motivos para fotografiar están por todos lados. Siento que lo severo de los inviernos de Hokkaido acentúa la conciencia del medio inmediato que te rodea. La reducción de distracciones sensoriales —árboles sin hojas, ausencia de color, silencios sobrecogedores— exige una mayor y más pura concentración en la tierra. Esas condiciones han sido de suma importancia en mi actual proceso creativo.

Trabajar y viajar alrededor de esa isla en los últimos 10 años ha sido una experiencia asombrosa, sobre todo durante los meses de invierno, cuando el paisaje se transforma, con capas de nieve y hielo, en una pintura *sumi-e*, un haiku visual. Los sencillos contornos de una valla mientras se pierde en lo alto de una ladera, las características musicales de barreras de nieve dispuestas como partitura en blanco en espera de nuestras notas, la naturaleza melancólica de los girasoles posando de manera surrealista en la nieve, la escarcha que pareciera cubrir de encaje un faro en el mar de Ojotsk... Y podría seguir con la lista de fenómenos exquisitos a la espera de nuestros ojos en ese abstracto lienzo invernal. He sentido una poderosa reacción emotiva a Hokkaido, y eso ha derivado en una enorme inspiración en la luz y la atmósfera de ese lugar especial. ■